

LA TABLA.



JUNTO á la puerta del hogar sentados
y ante la mar que agita su ancho seno,
del marino la mísera viuda
y el hijo sufren su constante duelo.

El equinoccio del otoño trajo
horror, angustias y gemir eternos
sobre las costas de Bretaña, duras
y erizadas de rocas.... ¡Ay! por eso,
soñando entre las luces de la tarde,
los dos se visten de colores negros.

En aquel lago dulce y apacible,
en que al soplo suavísimo y ligero
de las calladas brisas, alejándose
y alejándose van los barquichuelos,
cuyas zurcidas velas se destacan
sobre las verdes ondas, á lo lejos,
¿quién descubrir ni adivinar pudiera

al crüel Ocëano traicionero
 que en solo un día del que fué temido
 y lamentado y borrascoso invierno
 veinte barcas lanzó sobre la costa,
 sació á la muerte su implacable anhelo,
 hirió á la esposa que su angustia gime,
 y al niño hirió que se lamenta huérfano?

Sonría el cielo transparente y puro;
 el mar se agite halagador y bello;
 la misera viuda sólo siente
 un rugir espantoso y un recuerdo:
 el de la tempestad que la persigue
 con ronca voz; el del esposo muerto.

«Culpa fué de su arrojo»—la viuda
 dijo al rapaz, que la escuchaba atento.—
 «Á los que naufragaban ¿quién podía
 abandonar? ¡No, no! ¡Pobre Matëo!
 ¡Ay! no temer ni aun á la misma muerte,
 ¡era tentar á Dios! ¡Horrible tiempo!
 Jamás las furias de tan altas olas
 ojos humanos como entonces vieron.
 Tu padre descansaba entre nosotros
 y, al cenar, dijo: «Con tan malos vientos,
 maldito debe estar el que se arroje
 desesperado á combatir con ellos.»
 De sobremesa ya, tomó su pipa
 y la encendió; ¡salió! Sobre los negros

peñascos de la costa, donde apenas
 de las olas llegaban golpes sueltos,
 mirándolas saltar, curiosamente
 sonreían algunos marineros.
 ¡Ah! de improviso, entre la densa bruma,
 del lado de las rocas de San Pedro,
 vió tu padre llegar, rápidamente,
 un bergantín..... ¡Dios mío! Te lo cuento
 más despacio que fué. Contra un escollo
 se hundió su quilla. Con rugido trémulo
 tu padre dijo: «¡Sin tardar! ¡Un bote!»
 Espantada quedé. Sus compañeros
 le enseñaron el mar, que entre las peñas
 al estrellarse rápido y revuelto,
 en hervidora espuma se cambiaba
 rajando grietas y llenando huecos.

«¡Un bote, y á las olas!—repetía
 tu padre.—¡Pronto, sin tardar! ¡Seremos
 cobardes? ¡Nunca! ¡Sin tardar! ¡El mío!
 ¡Ni á las olas temió ni al aire fiero!
 ¡Adelante! le llaman.»—No lo dudes;
 locos los hombres son. ¡Al mar se fueron
 y ninguno volvió! La mismä hora
 era en que tú me ves llegar gimiendo
 todas las tardes hasta el borde mismo
 de las arenas y del mar sereno.

El Ocëano que á mis piés se humilla,
 mientras los baña con mojados besos,
 no devolvió del tan querido bote

ni una tabla siquiera. Tú, mi cielo,
hijo del corazón, ¡ay! si me quieres,
no te lances al mar. ¡Nunca! Ya tengo
tu promesa..... ¡Por Dios! El padre cura
te quiere mucho. ¿Me comprendes? ¡Bueno!
Serás un sacerdote. Tu destino
abre á tus pasos cómodo sendero.
Sin mirar estas luchas borrascosas,
sin escuchar sus espantosos ecos,
cuando sêas ya cura, tu criada
yo seré. ¡Qué tranquilos viviremos,
lejos del mar! Recuerda que hace días
que me lo prometiste. ¡Lejos! ¡Lejos!

El niño calla. Piensa en sus amigos,
en sus amigos, pobres y pilluelos,
que, al despuntar el alba, por las bordas
de las chalupas corren satisfechos
mientras que él, resignado, no se atreve
ni aun á anudar un cable. Dócil siervo
es de sus votos y promesas. Quiere
obedecer, y sufre obedeciendo.
¡Ah! cuando el cura cierra el blanco libro
diciéndole: «¡Á jugar!» ¡oh, qué contento,
ya libre, corre por la arena fina,
acariciando su imposible sueño!
Mas ¡ay! sentir el aire humedecido
que mueve y ensortija los cabellos,
y el agua que acaricia; desde tierra

ver las espumas de las olas, cierto
que apacigua su afán, pero no basta
á su indomable voluntad con eso.
Sobre las olas su ambición se mece,
sobre la vieja barca sus desêos;
allí la vela desplegada flota,
allí los foques hincha rudo viento;
el horizonte se engrandece, salta
el corazón bajo el desnudo pecho,
el aire franco de la mar alegra
y fascina su cántico soberbio.....
¡Y sufrir tantos meses de martirio
sin ver llegar el suspirado término!

Los meses pasan. Torna el equinoccio
y con él sus furios. En el puerto
un día lamentábanse reunidos
algunos infelices marineros,
y un *brick* miraron que tocaba casi
las peñas ya del arrecife negro;
¡con las olas saltaba, del naufragio
la fatal agonía padeciendo!

«¡Un bote al mar, valientes!» uno dijo.
¿Quién olvida los trágicos recuerdos
de la pasada tempestad? ¡Ninguno!
Mas el bote se armó. Contra su pecho
abraza la viuda á su muchacho,
que tiembla sin cesar, y no de miedo;

y al oído le dice: «¡Ya lo sabes!
 ¡lo prometiste! ¡Por piedad! ¡No quiero!»
 Sus grandes ojos en las olas fijos
 y sus labios de púrpura mordiendo,
 el niño no responde; mas de pronto
 una oléada de color de cieno
 salta en las peñas, y al caer, arroja
 á los desnudos pies del niño trémulo
 una tabla podrida en que sus ojos
 «¡Adelante!» leyeron.
 ¡El feroz Océano la sacaba
 de su fondo revuelto!
 ¡Era la voz de caridad sublime!
 ¡El mandato paterno!
 El bote va á arrancar. El niño deja
 los brazos de su madre. ¡Dios eterno!
 ¡Míralo ya sobre la mar que ruge!
 ¡Ampáralo! ¡Protégelo!

¡Cómo les siguen las miradas todas!
 ¡Cuántos son los valientes! ¡Qué resueltos!
 «¡Virgen santa! ¡Las olas los ocultan!
 ¡Ay! ¿hacia dónde van? ¡Oh! ¡perecieron!
 ¡No! ¡Miradlos allí! ¡Se salvan todos!
 ¡Oh! ¡Vuelven! ¡Ya! ¡Valor! ¡Ya! ¡Todos ellos!
 ¡Hasta las bordas sube el agua inquieta!
 ¡Qué importa! ¡Vienen todos! ¡Bravo esfuerzo!
 ¡Hurrah!»—«¡Pronto! Lanzadnos una amarra,
 ¡Ayudadnos! ¡Ya! ¡Bien!»

Mientras ligeros
 todos gritan y corren, á los brazos
 de la madre infeliz el hijo ha vuelto,
 y la besa y le dice: «¡No me riñas!
 ¡Ay! ¡estará mi padre tan contento!»

